



El escritor y empresario Emilio Serrano habla con Menchu Álvarez del Valle, abuela de la Princesa Letizia, y con Alfredo Canteli, presidente del Centro Asturiano, flanqueados por el ex presidente del Principado y diputado nacional Antonio Trevín, a la derecha, y el concejal ovetense Jaime Reinares. | NACHO OREJAS

En la raya de la emoción

Un abrumado Manolo Linares presenta la reedición del cuaderno de viajes que firmó junto a Faustino F. Álvarez en 1980 en LA NUEVA ESPAÑA

Oviedo, Álvaro FAES
El periodista Carlos Rodríguez puso voz al texto que había enviado Faustino F. Álvarez, y a Manolo Linares se le hizo un nudo en la garganta. Como pudo, el pintor se acercó al micrófono, se secó a mano las lágrimas que amenazaban con desparramarse y tomó la palabra. «Recuerdo a mis hijos en la playa, cómo cogían el agua y se les iba entre los dedos. Así se va el tiempo, se va la vida, pero queda el sentimiento». Tratando de sobreponerse a la emoción, Linares viajó e hizo viajar 33 años atrás a la muchedumbre que se apiñaba en el salón Narcea-Cares del hotel Principado, en Oviedo. Presentar «En la raya de Galicia», el libro que reedita las crónicas viajeras del periodista Faustino F. Álvarez sobre las que Linares trazó las ilustraciones en 1980, cuando se publicaron en LA NUEVA ESPAÑA, llevó al pintor a la raya de la turbación. Los dos, junto al psiquiatra José Luis Suárez, «Pimpe», pasaron en aquel tiempo una intensa semana en el Suroccidente asturiano y plasmaron su día a día en este periódico, adonde el material llegaba en autobús desde el lugar donde Asturias y Galicia se funden.

Aunque Manolo Linares asumió en persona el protagonismo, ausente Faustino F. Álvarez por motivos de salud, explicó con claridad cómo la idea del proyecto que ahora ve la luz salió de la cabeza de quien entonces, como apuntó en su escrito, «tocaba el tambor en unas hojas volanderas que, por ironías del destino, se han empeñado en burlar el olvido». Linares conservaba los originales de sus dibujos y los textos publicados en este periódico, así que, casi por orden de su amigo, que una y otra vez en sus numerosas conversaciones le sacaba a colación aquella aventura de los primeros ochenta, se afanó en la recopilación «como los escritos del Mar Muerto» y terminaron en el libro que ayer vio la luz, no sin antes crecer desde la intención inicial de publicar nada más que unos folletos.



Por la izquierda, Carlos Rodríguez, Manolo Linares, el padre Ángel, Evaristo Arce y Carmen Casal, junto al cartel del libro que presentaron ayer en Oviedo. | NACHO OREJAS.

Algo daría por repetir aquel viaje

■ Una reflexión treinta y tres años después del periplo por el suroccidente asturiano

Faustino F. Álvarez no acudió a la presentación de «En la raya de Galicia» por motivos de salud, pero envió el artículo que se reproduce a continuación y que leyó el periodista Carlos Rodríguez



Faustino F. Álvarez
Periodista

Cuánto siento no poder estar ahí, con vosotros, en este homenaje a la amistad que, junto a la bondad y la inteligencia (¿no serán los tres un mismo concepto?), es lo único que a uno le va interesando de la vida después de despojarse de tantas hojarascas inútiles.

Algo daría, siquiera una sonrisa más y compartida, por repetir aquel viaje de hace treinta y pico años por el suroccidente de Asturias, con Manolo Linares y con Pimpe, pero

les juro que gozo de él, en la memoria, como cuando andábamos, morral al hombro, preguntándoles por su calvario a aquellos héroes de la caliza lejana y vertical, o cuando terminábamos el día comiendo unas truchas al lado del todopoderoso párroco de San Antolín de Ibias o con los jóvenes y entonces novedosos «hippies» de la comuna de Foxo, donde pequeños ratones de la piel del monte bajo jugaban al escondite con los niños que aprendían a vivir una vida distinta...

Me pregunto si Asturias ha cambiado mucho desde entonces, y no soy optimista. Ojalá me equivoque. Hay más coches y más prisa, más comisionistas y más trileros, más subvencionados y más mafiosos...

Tampoco falta la buena gente, claro que la hay, pero hacen menos ruido, y cuando llevan la mochila al hombro no necesitan una banda de música... Pero también es cierto que demasiadas personas dan la espalda a los demás con la indiferencia mineral de los bosques petrificados. No es que cualquier tiempo pasado haya sido mejor, pero a veces la crueldad del tiempo se complace, erráticamente, en llevar marcado a fuego el hierro de tantos egoísmos renovados; no hay más que fijarse en los que son alentados o protagonistas de las conversaciones cotidianas.

Hemos venido al mundo a querer y a que nos quieran, aspiración que me gustaría compartir con todos vosotros. Pero hoy, qué coño, y como le diría Paco Umbral a Mercedes Milá, venimos a hablar del libro de Manolo Linares, que es el verdadero padre de la criatura. También venimos a decirle al padre

La historia queda redonda con el destino benéfico del libro. Para la Fundación Mensajeros de la Paz irán todos los beneficios, igual que el dinero que consigan de la venta de los dibujos originales de Manolo Linares, a 400 euros en color y a 300 los de blanco y negro. En el hotel ovetense estaba agradecido el padre Ángel, presidente de la fundación, orgulloso de que hace tiempo Faustino F. Álvarez lo bautizase como un «payaso de Dios» cuando alguien quiso descalificarlo. Entre referencias a Francisco I, «el Papa de los pobres», y saludos al «ejemplo de solidaridad» que significaba el acto de ayer, el padre Ángel puso fin a una presentación que condujo Carmen Casal, editora del libro, y que había abierto el escritor y periodista Evaristo Arce, autor del prólogo. «Es un libro joya, un cuadro sencillo y conmovedor, un homenaje al periodismo que, treinta y tres años después, pone de relieve la terca realidad social de la zona», había dicho en los primeros instantes del acto.

Los protagonistas rebosaban en el escenario una emoción que transmitieron al público. La asistencia rebasó las previsiones, el personal del hotel amplió el salón con esas puertas correderas que convierten salas pequeñas en enormes estancias, pero ni con esas liberaron de la incomodidad de estar de pie y algo apretados a una parte importantes de los cientos de personas que allí había. Representación política, social, empresarial y periodística, los amigos de los autores, la gente que arrastra siempre el padre Ángel... De azul destacaba en las primeras filas la locutora y abuela de la Princesa Letizia Menchu Álvarez del Valle; la periodista María Teresa Álvarez; su colega de profesión Orlando Sanz; el presidente de la Junta General, Pedro Sanjurjo; los ex presidentes del Principado Antonio Trevín y Francisco Álvarez-Cascos; Alfredo Canteli, presidente del Centro Asturiano; el psicoes-teta Ramiro Fernández..., una lista difícil de cerrar sin fallo por tal cantidad de notables reunidos en torno a un libro, al hilo del que Manolo Linares aprovechó para pedir por Asturias: «Debemos estar vigilantes para sacar esto adelante».

Ángel que gracias por su ejemplo y que sus cotidianos mensajes de la paz, desde tantas tribunas del mapamundi, nos invitan a ser mejores y a arrimar nuestra pobre mano a su carro.

Por último, recuerdo que en aquella expedición de hace treinta y pico años Manolo Linares llevaba el arco iris en un pincel que mojaba en el embalse de Grandas de Salime; Pimpe era el piloto y la cordura; y yo fui muy feliz tocando el tambor en unas hojas volanderas que, por ironías del destino, se han empeñado en burlar el olvido. Ojalá nosotros, los de entonces, y pese a todo, sigamos moviéndonos por ideales forjados en aquella factoría de sueños y de besos...

Bendícenos a todos, padre Ángel, que vas camino de ser el Bergoglio de La Rebollada, con tu teología de barro y carne viva...

Y muchas gracias, gracias a todos.